

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Miguel León-Portilla, *El México antiguo en la historia universal*, edición de Juan José Salazar, Toluca, Fondo Editorial Estado de México, 2015, 224 p.

por Rodrigo Martínez Baracs

Quiero celebrar la feliz aparición de un nuevo libro del gran historiador don Miguel León-Portilla. Se trata de una breve, pero rica y sugerente, introducción al conocimiento del México antiguo, de manera particular el mundo nahua. No es propiamente una historia sino una apreciación de algunos rasgos culturales que constituyen al México antiguo como civilización. De allí el título del libro, *El México antiguo en la historia universal*, entendido el México antiguo como la realización de la civilización mesoamericana, que es, junto con la andina, una de las dos civilizaciones que tuvieron un origen autónomo, del Nuevo Mundo (como las de Mesopotamia, Egipto, India y China, en el Viejo Mundo, y a diferencia de civilizaciones como la griega, la persa y la japonesa, que no son originarias).

Para dar una idea del México antiguo, Miguel León-Portilla aprovecha la existencia de un amplio cuerpo de fuentes antiguas, sin duda insuficientes, pero aun así riquísimas y complejísimas, que son los códices (manuscritos pictográficos prehispánicos y coloniales) y la gran cantidad de manuscritos (historias, crónicas, informaciones, testimonios judiciales, etcétera.) en español y en lenguas autóctonas transcritas en el alfabeto latino, además del registro arqueológico y antropológico. De estas lenguas, la que nos ha legado el cuerpo más amplio de documentos es el náhuatl, y es la lengua que el padre Ángel María Garibay K. puso a estudiar a León-Portilla hace más de 65 años.

Don Miguel decidió enfocar este libro en los nahuas porque “constituyen el caso mejor documentable de lo que realizó un pueblo aislado en su propio ámbito civilizatorio fuera del viejo mundo”, y nos regaló su saber

amplio y certero de los textos nahuas en un discurso claro, inteligente, informativo, sensible, siempre bien fundamentado, prudente e imaginativo, sonriente. León-Portilla incluyó varias traducciones suyas de textos nahuas, en primer lugar los compilados por fray Bernardino de Sahagún con sus colaboradores e informantes nahuas. Cuando puede, León-Portilla deja hablar a los documentos mismos, que traduce, porque se concibe a sí mismo como una lengua, un lenguaje, un nahuatlato, un intérprete, un intérprete del mundo indígena, particularmente el náhuatl, ante la conciencia mexicana y universal.

El responsable de la reunión de estos textos es el editor Juan José Salazar, quien colaboró con León-Portilla para seleccionar trabajos suyos poco difundidos y que, reunidos, adquieren congruencia y fuerza. Salazar hizo también la amplia selección de imágenes, sobre todo de códices, manuscritos y piezas prehispánicas, que hacen un bello contrapunto con el texto. El libro, editado con esmero en Toluca por el Fondo Editorial Estado de México, merecería reeditarse en una edición de formato más pequeño y en rústica, para que llegue a todas las familias mexiquenses, mexicas (de la Ciudad de México), mexicanas y mexicanistas.

El libro está dividido en tres grandes apartados: “El México prehispánico en la historia universal”, que ubica a Mesoamérica como una civilización originaria y hace un magnífico repaso de las fuentes de las que disponemos para su estudio y de la manera en que se han estudiado. El segundo apartado está dedicado a “La educación entre los nahuas”, aunque en realidad abarca el ámbito todo de la cultura: las escuelas, los escritores, sus creaciones literarias y su concepción del arte; destaca el capítulo sobre “Los maestros prehispánicos de la palabra”, que es el discurso que pronunció León-Portilla al ingresar en 1962 a la Academia Mexicana de la Lengua. Y el tercer apartado continúa, en realidad, la temática de la educación y la cultura, porque desde esta perspectiva estudia “La familia náhuatl prehispánica”, tanto en lo que se refiere a “El ideal de la mujer” como a “La senectud en el México antiguo”.

A manera de apoyo para estudiar Mesoamérica como civilización originaria, Miguel León-Portilla incluyó un gran cuadro cronológico sobre el “Desarrollo de las altas culturas con orígenes autónomos”. En primer lugar, aparece, lógicamente, el “Inicio de la agricultura”, que sucedió en 8000 a.

C. en Egipto y Mesopotamia, y en 6000 a. C. en la India y China, y también, según el cuadro, en Mesoamérica y los Andes. Este dato, sin embargo debe precisarse, pues el inicio de la agricultura en México es posterior, hacia 4000 o 3000 a. C., al cabo del largo proceso de 7000 a 3000 a. C. que transformó el pequeño teocintle en las grandes mazorcas de maíz, según documentó el arqueólogo Richard S. McNeish en sus excavaciones en el valle de Tehuacán; esas mazorcas fueron capaces de sustentar a las comunidades aldeanas e iniciar un proceso de intensificación de la agricultura que condujo a la civilización. La agricultura comenzó en el Nuevo Mundo miles de años después de haberlo hecho en el Viejo Mundo, lo cual puede explicarse por la colonización humana tardía de América hace unos 20 mil años, mientras que la humanidad venía existiendo en el Viejo Mundo desde hace cientos de miles de años.

Este desfase milenario en los inicios de la agricultura en América, al que se agregó la ausencia de ganado mayor y menor (salvo los camélidos andinos), repercutió en el desfase en la aparición de las civilizaciones americanas y en el desarrollo tecnológico posterior. Este desfase no sólo ayuda a entender el Encuentro de Dos Mundos de 1492 como una gran revolución de la historia americana, una revolución en primer lugar tecnológica, sino que nos ayuda también a captar la especificidad radical de las culturas y las civilizaciones americanas. Porque un desarrollo tecnológico menor (por ejemplo, permanecer, diríase que de manera deliberada, en la Edad de Piedra) no implica un desarrollo menor en las demás facultades humanas, sino más bien significa que hubo desarrollos complejos peculiares, diferentes.

A raíz de los positivos efectos historiográficos que produjo la conmemoración del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos, aumentó el uso del concepto de “el otro” y también el de “la otredad”. El propio Miguel León-Portilla, muy a su manera, invirtió la cuestión, llamando en 2007 a estudiar “la imagen indígena del otro (los españoles)”. En este sentido puede entenderse la “otredad”: los Dos Mundos que se encontraron en 1492 eran otros los unos para los otros. Esta otredad se puede asociar al desarrollo cultural y civilizacional americano, no sólo tecnológicamente “desfasado”, sino más bien diferente, peculiar. La “otredad” americana está marcada por la tardía primera colonización humana del continente y por el peculiar desarrollo tecnológico y cultural que propició. Los primeros colonizadores de

América adaptaron sus normas tecnológicas y culturales de cazadores del Viejo Mundo a la nueva realidad, con sierras difíciles, pero que conducían a paraísos de abundancia vegetal y animal, hasta entonces intocados por el hombre depredador. Mucha urgencia no había de agricultura. Y la desaparición del ganado mayor en América definió una diferencia elemental entre la complementariedad agricultura-ganadería en el Viejo Mundo y agricultura-cacería en el Nuevo. La cacería siguió muy presente en la vida de los hombres, de manera particular en la guerra y la religión. Y no debe olvidarse la importancia de la pesca en el Nuevo Mundo, como fuente privilegiada de proteínas, que adquirió particular importancia en las cuencas lacustres de México y de Michoacán (*mechuacan* significa “lugar de los dueños de los pescados”, en náhuatl), que fueron el centro de irradiación de los dos grandes imperios que dominaron buena parte de Mesoamérica.

Regresemos a *El mundo antiguo en la historia universal* de Miguel León-Portilla, que se inicia con un panorama de las fuentes antiguas y de cómo se han estudiado, y resalta los avances realizados en el siglo XX en el estudio de los códices y aun de su “lectura” (las comillas son del propio León-Portilla). Es notable que, entre las muchas interpretaciones excelentes que se han hecho, y que León-Portilla conoce muy bien, pusiera en primer lugar los aportes de cuatro autores: el mexicano Alfonso Caso, el austriaco Karl Anton Nowotny, el norteamericano Eric S. Thompson y el soviético Yuri Knorozov.

El gran Alfonso Caso, narra León-Portilla, pudo descifrar los códices mixtecos gracias al descubrimiento de la que fue para él su “Piedra de Rosetta”: el mapa de la *Relación de Tezacoalco*, de 1580 (de la serie de las “Relaciones geográficas”), con imágenes, jeroglíficos y sus traducciones en mixteco, que le permitieron adentrarse en los códices mixtecos y reconstruir, a lo largo de su fértil y polifacética vida, la historia política de los reinos mixtecos desde algunos siglos antes de la Conquista hasta dos o tres siglos después.

Es muy valiosa la apreciación que hace Miguel León-Portilla del aporte poco conocido de Karl Anton Nowotny, quien estudió el *Códice Borgia*, los códices de la Mixteca-Puebla y los de la región central, y encontró una diferente “Piedra de Rosetta”: un apéndice del *Arte de la lengua zapoteca* de fray Juan de Córdoba, de 1578, sobre los calendarios prehispánicos, que

le permitió estudiar “las orientaciones de los ciclos temporales en el espacio”, imbricación importante en la perspectiva de los estudios antropológicos.

En el caso de la escritura maya presente en los tres códices mayas prehispánicos (los de Dresde, París y Madrid) y en una gran cantidad de soportes (murales, cerámica, estelas y estatuas), Miguel León-Portilla destaca los aportes de dos grandes enemigos, el norteamericano J. Eric S. Thompson y el soviético Yuri Knorozov. Thompson dominó el panorama mayista de los años sesenta a los ochenta, y jamás reconoció el carácter fonético de la escritura maya, sólo vio su sentido calendárico y ritual, y retrasó por décadas la epigrafía maya. La “Piedra de Rosetta” de Yuri Knorozov fue el silabario del obispo fray Diego de Landa, que le permitió reconocer el carácter tanto ideográfico como fonético de la escritura maya. Todos los avances realizados desde los años ochenta hasta hoy en día, basados en su contribución, han permitido un avance decisivo en la lectura de los glifos mayas, en su gramática y aun en su poética, con lo cual se ha revolucionado el conocimiento de la historia política, militar y de los modos de pensamiento de los mayas. Thompson se opuso siempre al foneticismo de Knorozov, lo trató con desprecio y odio macartista, y, sin embargo, todos los epigrafistas, continuadores de Knorozov, siguen utilizando el principal libro de Thompson, *A Catalog of Maya Hieroglyphs*, con su identificación y clasificación, como lo cuenta don Miguel con una sonrisa.

Pero todas las preferencias y afinidades de Miguel León-Portilla se van al gran fray Bernardino de Sahagún, quien organizó la obra más rica e importante sobre el México antiguo, su *Historia general de las cosas de la Nueva España* o *Códice florentino*, concluido hacia 1576. Trata de todos los aspectos naturales, humanos y divinos del mundo nahua, e incluye la transcripción en náhuatl de los testimonios de los informantes, realizada por Sahagún y sus colaboradores, colegiales en su mayor parte del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, quienes también hicieron una traducción parafrásica del náhuatl al español de sus testimonios. Y agregó Sahagún una gran cantidad de ilustraciones, realizadas por tlacuilos, pintores, entrenados en la pintura occidental, dando como resultado, un “arte mestizo”, como lo señaló José Luis Martínez en su libro sobre el *Códice florentino*.

El gran corpus sahanguntino lo ha estudiado Miguel León-Portilla a lo largo de su vida, desde su colaboración con el padre Garibay en varios

equipos de trabajo en la UNAM, en los tiempos del Seminario de Cultura Náhuatl y de los inicios de la gran revista *Estudios de Cultura Náhuatl*. Y además de pintarnos a grandes rasgos la vida y la obra de Sahagún y su equipo, don Miguel quiso resumir aquí dos grandes objeciones que se han hecho a la obra del franciscano. La primera es la relativa a que si su objetivo era estudiar la idolatría para erradicarla, como combate un médico una enfermedad, debía dar una imagen deformada, cristianizada, reprobadora, de la cultura nahua. La otra objeción es que los propios indios, sabedores de que los frailes venían a quitarles su religión y sus dioses, a propósito les daban respuestas equivocadas. La respuesta de don Miguel es fina, pero se resume en que Sahagún no expuso él mismo la cultura de los indios, sino que pidió a sus colegas que interrogaran a la mayor cantidad posible de nahuas para que dieran testimonio de su mundo con sus propias palabras y en su lengua. Y a la segunda objeción León-Portilla contesta que Sahagún pudo detectar los posibles engaños, pues hizo investigaciones en varios lugares con muchos informantes, de Tepapulco, Tenochtitlan y Tlatelolco, y pudo cotejar y comprobar la información, al punto de que nos dio en ocasiones diferentes versiones de un mismo tema. Y, además, disponemos de varios de los manuscritos preliminares del *Códice florentino*, que es el conjunto de manuscritos conocidos como *Códices matritenses* (de la Real Academia y del Real Palacio), que muestran los primeros registros tomados por el equipo. Y podría agregarse el argumento de que un motivo que tuvo Sahagún para registrar en su propio idioma los testimonios de los nahuas sobre su mundo fue un interés lingüístico: conocer lo mejor posible la lengua náhuatl para transmitir a los indios con la mayor expresividad la doctrina cristiana. Es por esto que los registros de Sahagún y su equipo fueron bastante fieles a lo expresado por los informantes. De modo que las fuentes prehispánicas son tan válidas como las del Viejo Mundo, igualmente merecedoras de un enfoque historiográfico crítico, enriquecido por una sensata y humana imaginación. Esto es lo que nos regala Miguel León-Portilla en cada una de las páginas de *El México antiguo en la historia universal* y de toda su gran obra. Muchas gracias, Miguel.